

EL CUPIDO.

PERIODICO SEMANAL

DE

LITERATURA, POESIA Y MODAS,

DEDICADO

AL BULLO SECSO.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN MADRID POR UN MES

8 rs.

Se suscribe en Madrid, en la Imprenta
de D. FERNANDO de CASA-NOVA.

Calle de la Ballista núm. 4.º cuarto pral.

EN PROVINCIAS.

En todas las administraciones de Correos.

PRECIOS DE LA SUSCRIPCION:

EN PROVINCIAS POR TRES MESES

50 rs.

NUNCA creí por mi fé que yo á quien llaman Dios del Amor tuviera la feliz ocurrencia de escribir para los mortales y mucho menos siendo niño, ciego y loco, vamos que son tres cualidades las únicas para escribir bien y sin embargo me he atrevido á tomar la pluma á sentarla en el papel y á dar mis mal trazados renglones con el retumbante título de artículo, á los cajistas, despues á la prensa y tras ella á mis nunca bien amadas suscriptoras. Pero como no hay falta, que no se perdona en este *picaro mundo*, espero el perdon de la mia en gracia siquiera, de mi buena voluntad.

Seguro de conseguirlo, escribí unas líneas tituladas AMOR y otras COQUETISMO y ahora otras, que las pondré

ZELOS.

Arduo es el escribir sobre tal asunto, difícil desenvolver el misterio de esta espresion, ZELOS! y yo voy á tomar á mi cargo su solucion?

¿y por qué no? no dicen que soy el Amor y que donde yo estoy no falta mi amigo y compañero ZELOS? pues entonces nadie como yo conocerá su carácter, sus gustos y sus inclinaciones, en efecto: le conozco y diré que formando los dos una medalla, yo soy la cara y él el reverso.

Yo voy tras las niñas bellas, esparciendo flores, él corre tras las bellas niñas, regalando espinas; yo soy todo Amor; él, todo Dolor; yo, todo dicha; él, todo duelo; si una hermosa jóven me mira, *sonrie*; si á él lo vé no mas, que en sombra, *llora*; yo soy un imán que une los corazones: y él él es un espíritu de desunion capaz de separar las aguas en lo profundo del mar, al paso que yo uniría, si tuviesen corazon á los polos entre sí.

Y no creais que esagero, es muy amigo mio y le conozco á fondo; cuantas y cuantas veces he volado de un collado á una pradera dejando dos amantes que me sujetaban recostados sobre el mullido césped, sus brazos entrelazados y con sus ardientes miradas provocando un beso mio (no olvidarse que soy Amor,



y cuando he vuelto á ellos, los he encontrado separados, silenciosos y sus miradas apagadas, ¿y qué era, no lo adivináis? pues era, que en mi ausencia habia ido **ZELOS**; que se habia metido entre los dos; pero á fe, que mientras yo pueda poco le servirá su astucia.

Somos amigos y enemigos, yo sin él no puedo andar; y él sin mí, no puede vivir; él me guia; yo le mantengo, y por eso se dice que, *no hay celos donde no hay amor*", que *no hay amor donde no hay celos*."

Sin embargo, señoritas, no temais, yo velo por vosotras, desconfiad sí, de él; pero nunca temais que os abandone

CUPIDO.

LA

VICTIMA Y EL VERDUGO.

Episodio histórico de la revolucion francesa.

(Conclusion.)

LA CONSERVETTA.

IV.

Figúrese el lector un edificio cuadrado, de exterior nada notable ó pobre mejor dicho, con sus ventanas y la puerta medio gótica y medio romana, talera el sitio destinado para los reos en aquella época aciaga y de sangre. Sitio del que salian para el carro fatal, y de este para el patibulo. En un cuarto ni estrecho ni ancho, con un tragaluz en un lado, una tarima en un rincón y un cantarillo con agua en otro, veíase á un jóven que rayaba en los 25 años, alto, bien formado, pelo rubio y de color sonrosado. Sus facciones eran nobles y un ligero tinte de melancolia veíase á la sazón estampado en su espaciosa frente. Estaba sentado en la tarima que le servia de cama, puestas ambas manos en las mejillas en las que descansaban estas. Su actitud era la de un hombre que está pensando, y pensando en lo que él pensaba, tal vez en la muerte. Sigámosle á él como se explicaba en aquel amargo trance.

—¡Al fin consumaron el sacrificio! ¡Al fin mancharon sus manos con la sangre de su rey! Dignos son los frutos que se cogen de las doctrinas que sembraste, filosofía! Dignos vosotros también grandes filósofos de ellas! ¡Ah! ¿Y este es el bien que habeis dejado á vuestro país? ¿Son estos los beneficios que esperaban de vuestros trabajos, de vuestras vigiliat? Alzaos, alzaos del sepulcro, y

contemplad este yermo campo de desolacion. Contemplad la barbarie entronizada en medio de la sociedad, contemplad la irreligion en sus ciudadanos, contemplad el fanatismo de sus hijos y de sus apóstoles! Barbaros! ellos quieren el bien de su país, y no ven que derraman sin piedad la sangre de sus hijos! ¿En dónde está vuestra ciencia fanáticos de una filosofía errónea, insensata? ¿Dónde esta vuestra humanidad? ¿No os avergonzais de tantos crímenes? ¿No temeis la venganza celestial? Ah! no, nada temeis, nada es bastante á detener vuestro torrente de tiranía y asesinatos!

Quedóse sumergido en tan tristes ideas, y así permaneció hasta que oyó que entraba alguno en su prision. Alzó los ojos, y con sorpresa vió acercarse una muger toda enlutada y cubierta. Así que hubo entrado y cerrado la puerta alzóse el velo y se arrojó en los brazos del jóven, exclamando:

---¡Federico!

---¡Carlota! exclamó el infeliz jóven con delirio y ternura. ¿Te vuelvo á ver, no es ilusion? ¡Ah! déjame que te mire, que beba tu aliento bendito. ¿Cómo estás aqui? ¿Quién te ha introducido?

La jóven por toda respuesta sollozaba con amargura recostada sobre sus hombros.

---Sosiegate, Carlota mia, y dime á quien he de bendecir por tanto placer como es el tenerte á mi lado?

---¡Bendecir! exclamó con amargura, dí mas bien maldecirle, odiarle!

---Pero habla, sácame de dudas.

---Y cómo no conoces que al venir yo á este sitio te traigo la muerte.

---¡La muerte!

---Sí, la muerte, que aceptarás gustosa á verme deshonrada!

---Ah! ya caigo! infamia! ¿Y quién, quién es el verdugo?

---El que te condena al suplicio, el infame Marat.

---¿Ese monstruo se ha atrevido á ofender tu pudor? Qué, no se contenta con la madre? ¿También quiere inmolar á la hija?

---Cómo? Qué has dicho? mi madre....

---Sí, tu madre; sábelo en fin. Ese monstruo fué el asesino de tu padre y el seductor de tu madre.

---Dios de justicia! exclamó la infeliz en el colmo de su afliccion.

---Tú madre le habia socorrido, y en pago de los beneficios la deshonró y dió muerte á su esposo.

Entonces fué cuando la infeliz huérfana mostró toda su intrepidez. Levantó la cabeza con orgullo y le dijo á Federico:

---El cielo nos ha designado para que seamos víctimas de la opresion, respetemos sus decretos. El jóven no sabia lo que le pasaba.

---¿Tienes valor? preguntó ella.

---Me sobra, contestó él

---Pues bien; vas á morir y yo, tambien, pero consuélate; mi padre, mi madre y tú, sereis vengados.

---¿Cómo?

---El tirano quiere que yo sea suya, pues bien, hoy iré á llevarle mi contestacion.

---Acaba.

---Esta será mi contestacion, y sacó el puñal.

---¡Morirás, infeliz!

---¿Y qué me importa la vida si la voy á perder por una causa santa? Voy á vengar á mi familia, á mi amante, al mundo entero, y no tendré valor? Ah! no me conoces.

---¡Valerosa muger! pero no, vive, vive tú al menos, no puedo pensar sin estremecerme que vas á morir.

---¿Cómo! ¿Tendré yo mas valor que tú? No sabes que lo hago gustosa? No sabes que iré al patíbulo con la frente erguida como ante al altar? Si, Dios vé mi corazon, él me confortará.

---Y vas á morir! tú, tú! ah! por qué viniste, por qué?

---Valor, Federico, piensa que pronto nos reuniremos en otro mundo mejor. No desmayes, ten valor como cristiano, y adios, adios por la última vez.

---¡Adios, victima inocente, inolada por mí!

---No te aflijas, amado mio, no destruyas el poco valor que me queda para cumplir mi venganza.

Los dos jóvenes se abrazaron, y por primera vez y última en este mundo se dieron el ósculo de despedida. Luego no se volvieron á ver ya mas en la tierra.

UN CRIMEN ESPIONADO.

V.

En un gabinete ochavado, todo lleno de colgaduras, floreros, estatuas y cuadros obscenos, porcion de pebeteros derraman por sus mil troneras el perfume de los dioses. Todo es lujo y magnificencia, todo revela el personaje que lo habita. En medio del pavimento se vé un elegante baño con agua perfumada. Dentro de él, vése á un hombre con la figura de tal, y el rostro de demonio: era Marat. A un lado y otro de la cabecera están dos criados, cada uno sugetando una jarra de porcelana, la una con esencias y agua, la otra con agua templada. El tigre se estaba bañando en la sangre que habia arrancado á la Francia.

---Sabes lo que digo, exclamó dirigiéndose á uno de sus criados; que debe ser muy dulce morir así. Sin duda que tal lo creyó el sabio Séneca cuando se mandó abrir las venas.

---Seguramente, para el que así lo dispuso, pero si vos os hallarais espuesto á morir ahí, estoy seguro que renunciaríais gustoso.

---¿Cómo! ¿Me amenaza algun peligro? exclamó el cobarde asesino alarmado con lo que le dijo el criado.

---Ninguno: os contesté nada mas á lo que vos digisteis.

---Trae la sábana, dijo con ojos espantados como si temiera morir en aquel instante.

Traerónsela perfumada y quitado el frio, y cuando se disponia á salir, entró un criado anunciando á una joven que pedia licencia para entrar. Al punto pensó que seria Carlota, y desistiendo de su primer intento de querer salir del baño, quiso recibirla en él.

---Con eso habrá mas motivo de incitacion, exclamó. Oh! debo inspirarla algun deseo hácia mí, no hay duda.

Dicho esto llamó á un criado y le dijo:

---En cuanto esté aquí dentro, cierra esa puerta y no la abras hasta que yo lo mande; lo oyes? Cuidado con lo que te digo, aunque oigas llorar y gritar no la abras; tu cabeza me responderá de tu obediencia.

Salió el criado medroso con lo que habia oido é introdujo á Carlota en el gabinete; en cuanto estuvo en él cerróse la puerta y ella oyó como echaban el cerrojo. En su interior se dijo:

---¡Necio! tú mismo te entregas.

Quedóse la joven en frente del feroz patricio muda é inmóvil, como la estatua de mármol que á un lado tenia, la cual representaba una Vérgas toda desnuda, y en frente de esta un Apolo, lo mismo que ella. De modo que la joven estaba circundada de peligros que la hubieran puesto en terrible situacion en otra distinta ocasion, pero en la que ella se hallaba entonces, era muy precaria y terrible, y su pensamiento tan solo se agitaba por una idea, y esa idea era la de la venganza. Con la misma sangre fria veia á aquel esqueleto vivo que tenia delante de sí, que á las figuras y á los cuadros que le rodeaban.

---Acércate, le dijo él.

---¿Cómo, señor! permitidme...

En aquel momento vencia un tanto el pudor al deseo de venganza en Carlota, y se mostraba indecisa.

---Si no quieres saldré yo, respondió él.

Iba á hacerlo y ella lo detuvo exclamando.

---¡Deteneos! y se adelantó volviendo la cara.

No podemos decir si el temor de tener que luchar con un hombre siempre mas fuerte que la muger, ó el pudor de verle en aquella situacion, la forzaron á adelantarse hácia él, tanto que ya la tenia cogida por la cintura y estaba casi fuera del baño. Ella no le miraba, y resuelta ya á consumir su venganza, se armó de todo el valor que le daba tan falsa posicion, y mientras que el forzábala á que se arrimase, sacó el puñal y se lo clavó en el pecho.

Al sentirse herido el impío, comenzó á gritar temiendo á la muerte.

---Muere asesino de mi familia, le dijo ella.

---Si, yo, contestó él, yo fui, y tú... tambien... Socorro! Socorro! exclamaba el miserable desangrándose, y sin fuerzas para salir del baño.

Nadie acudió, pues él lo había mandado. Se realizó la idea, murió en el baño.

De allí a un rato tuvo que llamar Carlota para que abrieran, y ella misma se presentó a sus jueces.

CONCLUSION.

VI.

Un inmenso gentío poblaba las calles de París: el carro fatal iba y venía de la Conserjería al suplicio y de este aquella. El pueblo gritaba frenético, dando ahullidos cual los del lobo cuando desaa la presa. Estaba en su elemento la turba de desalmados, que con picas, sables y pistolas, recorrian las calles dando vivas a la república. Die-ron las diez en un reloj vecino, y el funebre carro atravesó la plaza de la Revolución. En él iban muchas infelices víctimas del fanatismo mas deplorable. Entre ellas estaba la desgraciada Carlota Corday. Iba vestida de negro: sus ojos brillaban como dos lumbreras, su aspecto era noble, erguida, mirando a los que la insultaban con espresio-nes obscenas y atrevidas.

Llegaron al sitio fatal, y fueron rodando las cabezas par el infame tablado. Acababan de guillotinar porcion de infelices, entre ellos a Federico. Tocó su turno a Carlota y con gran serenidad pasó la cabeza debajo de la cuchilla: despues esta separada del tronco, y rodando por el tablado, fué a unirse con la de su amante.

---¡Ya murió la infame asesina! decian los verdugos del pueblo.

---¡Ya murió la heroína! exclamó un hombre anciano ya. Desdichada! tu sacrificio merecia un trono, y obtienes un cadalso! ¡Desventurada Francial

Esto dicho, desapareció entre la multitud.

A. SIERRA Y L.

EL NUEVO DIA.

Desoórrase del cielo el manto tenebroso
Mostándose natura banada de arrebol,
Y al susurrar pausado del viento delicioso
Por el Oriente asoma el rubicundo sol.
Los pájaros cantores entonan el concierto
Al di saludando con melodiosa voz,
Y el campo paco antes abandonado y yerto
Recorre por sus surcos la cortadora hoz.
Aquí y allí se mueven mil brazos oficiosos
Arando unos la tierra, podando otros la vid,
Y mas allá se mira robusto y valeroso
Un hombre descargando mil golpes cual un Cid.
Serpea entre las flores alegre y cristalino
Arroyo que de plata pudi trase llamar;
Y nose crea vaya corriendo sin destino
Que al concluir su marcha el árbol va a regar.
Despierta la natura se encuentra de improviso,

Sus calices las flores ensanchan de carmin;
La luz del nuevo dia alumbrá el paraíso
Cernado de mil flores sin encontrarles fin
Y forman el concierto unidos los cantores.
De la vetusta encina del álamo y ciprés,
Con el jemido lento que sale de las flores
Y el susurrar pausado de la espigada mies.
Y el hombre prosternado de hinojos en el suelo
Admira poseido de religiosa fé,
La poderosa mole del diamantino cielo
El pielago infinito que ante sus ojos vé.
Admira la hermosura del campo con la esenía,
Estudia la estructura de la gayada flor,
Y reconoce en ella la omnimoda ecsistencia
Del infinito artista de la natura autor.
Observa embebecido la afinidad que ecsiste
Entre la planta y lluvia con el potente sol,
Y admira la belleza con que á la flor revisto
El sol con el rocío en májico arrebol.
Contempla la armonía del cielo y de la tierra,
Del sol y de la luna con el profundo mar;
Y estudia ese profundo misterio que se cierra
A cada vez que el hombre lo quiere escudrinar.
Mas sin embargo siente la conmocion profunda
Que inspiran las bellezas del mundo en profusion,
Y entonces de delirio, de amor y fe se inunda
Abriendo á tantos gozes su ardiente corazón.
Y poseido entonces de inspiracion divina
Sus ojos en el cielo enclava el p-cador;
Yarrobado en su éstasis el cuerpo al cielo inclina
Y así esclama juntando las manos con ardor.
"Señor de las alturas, tu grande poderio
Yo reconozco humilde y tu ecsistencia en él.
Yo en la perla te veo brunida del rocío
Yo en el caliz te veo del lánguido clavel.
Yo te veo en las trompas del pielago irritadas,
Te veo en la alta nube cercado de arrebol
Y en el murmullo triste que lanzan las cascadas,
Y en el ropage de oro de ese gallardo sol.
Al estampido horrendo del trueno proceloso
Conozco en sus estragos tu omnimodo poder,
Y al descender el rayo del cielo esplendoroso
Tu mano siempre grande distingo con placer.
Te veo en las praderas, en campos y collados
En rios y pensiles, en fuentes y en el mar;
Y te distingo grande en montes escarpados
Y aun mas grande te veo el hombre al contemplar."

A. SIERRA Y L.

UN AMOR DESGRACIADO.

(Continuación.)

III.

UN RIVAL.

Pasó el tiempo y cada vez
Sentia mas entusiasmo,
Cada vez era en mi pecho
El fuego mas acendrado
No olvidaba ni un instante
Ni su mirar agraciado
Ni su acento cariñoso
Ni su amor que era mi encanto.
Cómo pensar que la suerte,
Que me prodigó sus lazos,
Me abría al fin de arrojar
Con tan inicuo sarcasmo

Un duelo á cada placer,
Un rigor á cada alhago,
Y á cada dulce esperanza,
Un horrible desengaño.

Ah! cuando yo mas alegre
Vivia y mas confiado,
Vino esa suerte á turbar
Mis ardientes arrebatos
La hermosa á quien adoraba,
Por quien padecía tanto,
Tuvo de antiguos amores
Un recuerdo, bien amargo
Para mí, que en su pasión
Existía confiado,
Mas volvió el antiguo amante,
Y ella tal vez recordando
Al verle otra vez rendido
Los amores que pasaron,
Fué los amores presentes
Muy poco á poco olvidando.
Aun decía la niña
Al escucharme--te amo,
Aun solía estrechar
Entre su mano mi mano,
Aun en sus puros ojos
Brillaba algun entusiasmo,
Y hablaba del porvenir
Con placer de cuando en cuando
Mas ¡ay! esto era una chispa
Con el fuego comparado
Que un dia mostró su pecho,
Cuando su amor no era falso
Yo al menos así lo creía,
Mas, quién vive confiado
En el amor de una hermosa
Cuando esta hermosa escuchando
Mas que protestas presentes
Memorias de lo pasado,
Acaso deja lo cierto
Lo dudoso recordando.
Era un jóven presuntuoso,
De ceño adusto, cortado,
De desdeñoso mirar,
Un elegante estremado.
El galán que me arrebató
De mis amores el lauro.

IV.

LAS DOS HERMANAS.

Era una noche serena,
En una modesta sala
Dos niñas, las dos hermosas
Hablando solas estaban,
Segun su modo de hablar
Y su mucha confianza.
Al punto se conocía
Que eran las niñas hermanas.

Aunque sus bellas facciones,
En nada se asemejaban:
Era la hermana mayor,
De blanca frente y tez pálida,
Que es la hermosa á quien mi pecho,
Su corazón entregara
Y era la otra morena
De mejilla sonrosada,
Ojos negros y preciosos,
La cabellera poblada,
Mas negra que el mismo ébano,
A su frente sombra daba.

Así decían las bellas
Con suspendidas palabras,
Como quien sigue á disgusto
Conversación empezada.
--Pero él morirá de pena,
Al ver tu desden injusto,
Qué quieres, no es de mi gusto
Ya su pasión, no me llena.

--Pero darle tal pesar,
Cuando es tan grande su amor,
Eso, hermana, es un rigor
Que no se puede excusar.

Si en él se menguase el fuego
Con que sin cesar te adora
Cual te lo muestra, en buen hora
Que le desaucieses luego.

Pero si siempre amoroso,
Y mas que nunca rendido
Te dedica enternecido,
Su pensamiento ardoroso.

Por qué su ilusión romper?
Por qué prodigar dolores
A quien tan fines amores
A tus pies viene á poner?
Teme que al ver tu indiscreta
Variación, el mundo diga
Que eres de variar amiga
Tan solo por ser coqueta.
--Y qué me importa á mí el mundo
Ni lo que pueda decir,
Si al fin logro conseguir
Hallar un placer profundo.
--Hallas placer en variar
--En variar tan solo, no,
¿Sabes lo que quiero yo?
Un firme amor encontrar.

Su amor no me satisface
Y así espero la ocasión,
En que pueda con razón
Despedirle, así lo que hace.

Observo con avidez
Y hasta sus mismos amigos
De sus acciones testigos
Me las cuentan.

--Y tal vez,
No serán interesados
En labrar su ruina?

--No

Que están contra él coligados.

Yo no lo puedo creer
Porque ya ves, nuestro hermano
Que nada le importa, es llano.
Todo puede suceder.

En fin, yo le buscaré
Prontamente un sucesor,
Que tenga mas firme amor,
--¿Y quién será?

--Mirale:

Y á su lado se acercó
Al decir estas palabras,
Mi rival aborrecido,
El que su amor me arrebató,
A quien ella da su amor
Sin escuchar las palabras
Que soltara en mi defensa.
Su amable y piadosa hermana,
¡Oh! bendita la muger,
Que mi dicha deseara.!

FERNANDO DE CASA-NOVA.

(Se continuará.)

UNA DESCONOCIDA VERDAD.

Niña hermosa yote vi
Envuelta en diáfano velo,
Y desde entonces senti
Lleno el corazón de anhelo.

Celestial-desconocida
Pensando en ti he suspirado.
Siñ cesar, te hubiera dado
Gustoso el alma la vida.

Tu nombre ignoro: un instante
Tus hechizos contemple,
Y sorprendido, anhelante,
Al contemplarlos quedé.

De las flores del pensil
Yo te llamara sultana;
Pero eres tu mas galana.
Que las flores del abril.

Yo te llamara tambien
Por tu celeste-hermosura;
Divina huri del Eden
Misteriosa criatura.

Mas cualquier nombre es pequeño
Para designarte á ti,
Pues aun dudo si creí
Ver tal belleza en un sueño.

Al verte me pareció
El sol mas puro y brillante,
Y que la brisa pasó
Mas dulce, mas susurrante.

Encantadora beldad.
Contéplate yo un momento,
Uno solo, mil ó ciento,
Por toda una eternidad. . .

Vea entre el oscuro celaje
De tus pestañas, tus ojos
Negros, tu velo de encaje
Y admire tus labios rojos;

Y una sonrisa sin par
En ellos juegue tan pura
Como el aura que murmura
Entre el jazmin y azahar.

Tras el velo transparente
Miré tu blondo cabello,
Tu tersa y cándida frente,
Y el nacar de tu almo cuello:

Caiga admirado á tus pies,
Estreche tu mano breve
Aunque la muerte me lleve
Entre sus brazos despues.

J. J. DE FUENTES.

UNA JUSTICIA

DEL

REY D. PEDRO.

(PRIMERA PARTE.)

El pueblo me lo contó
y yo al pueblo se lo cuento,
y pues historias no invento
responda el pueblo y no yo.

ZORRILLA.

I.

Corria el año de gracia
En Castilla siendo rey
El hijo de Alfonso onceno
apellidado el Cruel.
Su corte en Madrid tenia
Á la sazón el buen rey,
Y habia fiestas y justas
Y habia toros tambien.
Y entre los que mas lucian
Su arrojada intrepidez,
habia un jóven gallardo,
Bravo y apuesto doncel.
Unos le llamaban Diego
De Villa-Urrutia y Garcés,
Otros Diego el atrevido
Le apellidaban, y bien
Lo merecia, pues era
El tal Urrutia Garcés
Tan arrojado y valiente
Que daba á muchos que hacer.
Todos al mozo miraban
Con envidia é interés,
Y por encima del hombro

Los miraba tambien él.
 Los valientes al soslayo
 Le miraban con desden,
 Y viéndole le temian
 Y no viéndole tambien.
 Las mujeres le temian
 Y le adoraban por ser
 Su continuo defensor
 Siempre rendido á sus pies.
 Hijo de padres hidalgos
 Aunque pobres, suerte cruel,
 Le obligó á buscar fortuna
 Con la espada y el broquel.
 Partiósse para la guerra
 Que hacian al moro infiel,
 Volviendo de allí á tres años
 Hecho un hombre de honra y prez.
 Y volvió con nuevos brios,
 Y con aire de poder
 Y apasionado y galante
 Mas que nunca de mujer.
 Capitan de infanteria
 Vino hecho el buen Garcés,
 Y humos trajo de monarca.
 Si con humos el se fué.
 Una fiesta en aquel dia
 Su lugar iba á tener
 En la plaza del Alcázar
 Para divertir al Rey.
 Pues entonces tales fiestas
 Menudeaban do-quier,
 Que era Don Pedro muy mozo
 Y muy afecto al placer.
 Al rededor de la plaza
 Paseaban con desden
 Personas de todas clases
 Codeándose á la vez.
 El capitan Diego Urrutia
 Allí se hallaba tambien
 Con su vigote de á terciá
 Y su estoqué hasta los pies.
 Paseándose con calma
 Estaba el bravo Garcés,
 Cuando en su hombro una mano
 Con firmeza posó en él.
 Volviósse Diego al instante
 Con doble intencion á ver,
 Quien era el que así en su hombro
 La mano puso soez.
 Mas al punto que la cara
 Rápido volvió el doncel,
 Esclamó con alegría
 Y con extraño placer:
 --Es ilusión! sois Don Juan!
 --Yo soy, Don Diego.

--Otra vez,

Y otras mil quiero abrazaros.
 --Es preciso no esclameis
 De ese modo, que es muy fácil
 Que me puedan conocer.
 --Pues lo mejor que imagino

Es el irnos.

--Para qué?

Embozado con la capa
 No es fácil me puedan ver.
 --Y venis con tanta audacia
 A Madrid, Don Juan?

--Ya sé

Que es arriesgado este paso,
 Pero vengo por Inés.

--Inés se llama la hermosa?

--Sí

--Jóven?

--Hasta diez y seis.

--Es bien extraño el suceso!

--Pues cómo?

--Que yo tambien

Tengo mi palabra dada

A otra que se llama Inés.

--Nada tiene eso de extraño.

Dos Ineses puede haber.

--Y decidme, de aquel duelo
 Nada ha resultado?

--Sí

Que como el muerto era solo,

Y nadie pidió por él,

Quedóse como si nada

Hubiese pasado.

--Pues?

--Mas presentóse muy luego

Un atrevido doncel,

Pidiendo del agresor

El castigo. Yo al saber

Que me buscaban, hui

A Italia, en ella pasé

Ocho meses, y salí

Con direccion á Teruel,

Pasé de este á Zaragoza,

Donde recibí un papel

Que me anunciaba las bodas

De la perjura de Inés.

Sin hacer caso al peligro,

Aquí diriji mis pies

En busca de esa deidad,

Y resuelto á no ceder.

--Vive Cristo que es bien raro

Lo que he oido!

--Pues...

--Sabed

Que yo al partir á la guerra,

Dí mi palabra y mi fé

A cierta jóven doncella

Llamada tambien Inés.

A los dos años de ausencia

Tambien recibí un papel

En el cual me noticiaban

El perjurio de la infiel.

A SIERRA Y L.

(Se continuará.)



LA BERLINA.

Te cojé . . . de mi poder
Esclava al momento has sido,
Porque siempre de Cupido
Esclava fué la muger.

Te quisistes escapar
Sin preveer alma mía.
Que era yo quien te seguía
Hasta logarte alcanzar.

Ya estás aquí, y no en vano
Habrás hasta aquí venido
Y pues que de mí has huido
Seré contigo inhumano.

No usaré de mi poder,
Porque eres mas que divina,
Pero estarás en Berlina
Mas que te pese, muger.

Castigo bien merecido
Pues que ciega de mi huías
Sin saber que no podías
Dejar burlado á Cupido.

Pero apesar de tu culpa
Si prometes enmendarte
Tambien sabré respetarte.
Y . . . admítame esta disculpa.

El representante de los Cupidos

(A) FAUNO.

MADRID,

IMPRENTA DE D. FERNANDO DE CASA-NOVA. Calle de la Ballesta núm. 4. cuarto pral.